

La guerrilla antifranquista

# Los últimos guerrilleros de Cantabria

**José Ramón Sáiz Viadero**

*«Hundido el frente verano de 1937), se calculó quedarían enquistados en los accidentados valles cántabros unos dos mil hombres, que actuaron por su cuenta bajo la denominación de «Ejército de la Reconquista». Estos núcleos armados, restos de unidades desarticuladas o diezmadas, implicaron para su eliminación el montaje de un considerable despliegue de tropas naciona-*

*les, dedicadas a operaciones de limpieza.» De esta manera abre el Teniente Coronel Aguado en su libro «El Maquis en España» el último capítulo, dedicado a estudiar el trabajo desarrollado por el Ejército Guerrillero del Noroeste de España. El libro del teniente coronel de la Guardia Civil es el más documentado entre los que hasta la fecha han sido escritos sobre el tema, pero*

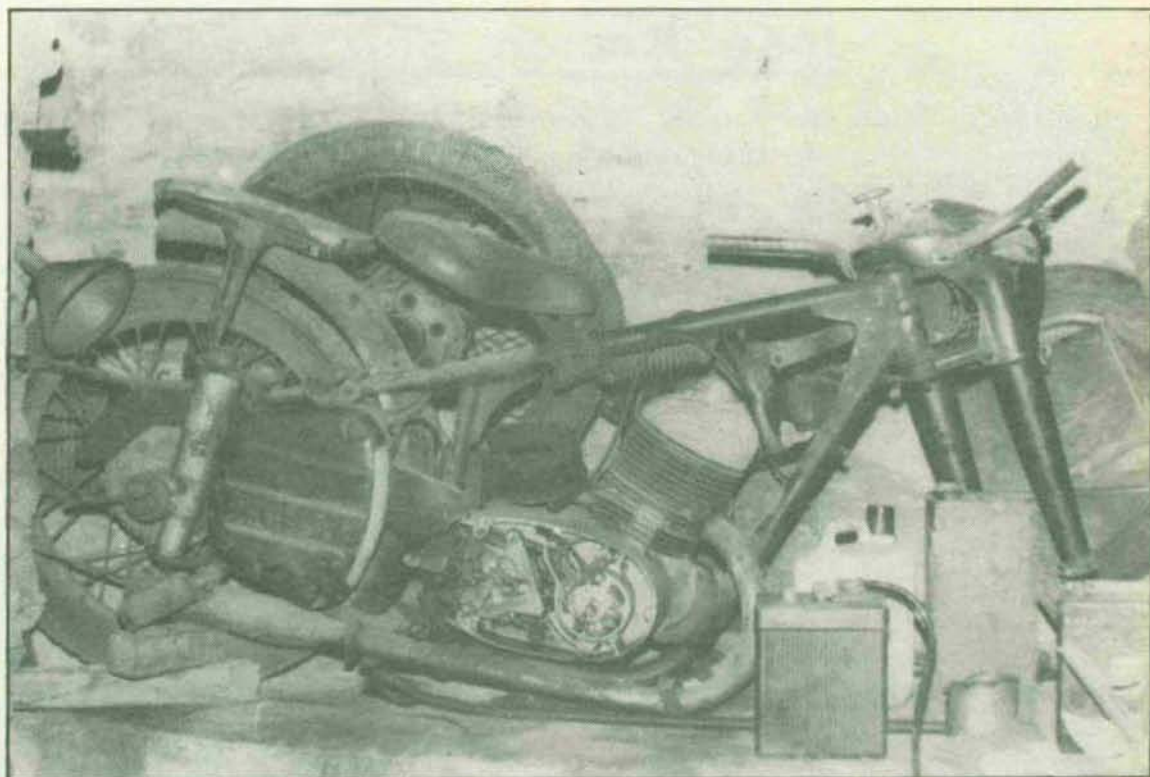


El 24 de abril de 1957, hace poco más de veinte años, caía muerto el último superviviente de la guerrilla de posguerra en la Montaña y uno de los últimos de todo el territorio nacional: Juan Fernández Ayala, «Juanín», al que vemos a la izquierda de estas líneas en una clásica fotografía. Le sobreviviría durante escasos meses su lugarteniente, Francisco Bedoya (a la derecha), incorporado físicamente al monte cuando ya la política de guerrillas había sido abandonada por los partidos de izquierda.

al mismo tiempo peca del defecto imputable a cuanto se ha publicado desde la órbita de la parte represora: la parcialidad en el enfoque de los temas, la prodigalidad en los calificativos insultantes y el escamoteo de aquellos aspectos que pueden resultar fundamentales para aclarar muchos de los misterios que aún subsisten, directamente relacionados con las operaciones montadas por los guerrilleros y la contraofensiva de las fuerzas represivas hasta la extermi-

nación total de los componentes de las partidas. Solamente las aportaciones de los supervivientes de aquellos años, así como las de sus familiares y colaboradores, pueden ayudar a la clarificación de acciones que, dadas las características tan peculiares de unos personajes sumidos en un medio subdesarrollado por las necesidades y el miedo, serán harto complicado revisar y recomponer a modo de rompecabezas.

He aquí la motocicleta que utilizaron Francisco Bedoya y José San Miguel Álvarez en su huida a través de las carreteras de la Montaña, perseguidos por la Guardia Civil. Se trataba de una «Derby» marrón, actualmente encerrada en el garaje del Gobernador Civil de la provincia.  
(Foto Manuel)



**E**L 24 de abril de 1957, hace poco más de veinte años, caía muerto el último superviviente de la guerrilla de posguerra en la Montaña y uno de los últimos de todo el territorio nacional; le sobreviviría durante escasos meses su lugarteniente Francisco Bedoya, incorporado físicamente al monte cuando ya la política de guerrillas había sido abandonada por los partidos de izquierda y únicamente quedaba la esperanza de una lucha por sobrevivir. Coincidió la muerte de Juan Fernández Ayala, «Juanín», con la exterminación de la última partida de guerrilla urbana capitaneada en Cataluña por José

Luis Facerías (agosto de 1957); en 1960 y en 1963, respectivamente, caían también en Cataluña Francisco Sabater, «Quico», y Ramón Vila, «Caraquemada», cerrándose definitivamente este capítulo de la Historia de la Resistencia en España con la muerte de Jose Casto Veiga, «Piloto», después de haber exigido la cantidad de 10.000 pesetas a un vecino de Lama Grande, del término municipal de Saviñao, en la provincia de Lugo, a quien —según Aguado— «en concepto de multa le había impuesto el Gobierno legítimo de la República»: era el día 3 de marzo de 1965.

Las extrañas circunstancias

que rodearon la muerte de «Juanín», unido a las mucho más inexplicables de los últimos meses de su lugarteniente, excitaron el sentimiento y la fantasía populares, de por sí lo suficientemente sensibles en cuanto se refiere al romanticismo que este tipo de acciones al margen de la ley entrañan, máxime cuando en el caso de ambos personajes se trataba de hijos de la propia tierra. Será difícil, pues, aclarar el misterio que rodeara el último año de vida de Juan Fernández Ayala y Francisco Bedoya. Según la versión oficial, recogida en el libro de Aguado Sánchez, el día de la muerte de «Juanín» «so-

bre las nueve de la noche, el comandante de puesto de Vega de Liébana, cuando regresaba de un servicio rutinario, al cruzar la carretera, distinguió como a unos veinte metros a los dos forajidos. Producido el tiroteo al no obedecer las voces de alto, fue alcanzado el «Juanín» mientras que «Bedoya» consiguió escapar. Se le ocupó una metralleta, una pistola, una granada de mano, unos prismáticos y 6.100 pesetas».

Una referencia particular, a modo de ampliación de esta información, nos dice que la aparición de la patrulla de la Guardia Civil en aquel lugar fue completamente casual; **rutinaria**, como se afirma anteriormente. Sin embargo, a partir de aquí han comenzado a montarse diversas versiones que en algunos momentos cobran carácter peliclesco y que, desde luego, no pueden ser demostradas —ni nadie parece dispuesto a demostrarlas por sí mismo—, aunque a la luz de los acontecimientos posteriores puedan entenderse todas las teorías esgrimidas por la imaginación popular, en contra de la fuente ofrecida oficialmente. ¿Cómo es posible que les cogiera desprevenidos una patrulla rutinaria?

Precisamente, lo que ha caracterizado la fama popular de «Juanín» es el mérito de conocerse palmo a palmo todos los montes del Valle de Liébana, donde su orografía era el refugio más seguro contra las fuerzas represoras y las contra-partidas formadas por la Guardia Civil. Vivía en una cueva horadada en la montaña, pero no es menos cierto que su audacia le conducía a presentarse esporádicamente en su propia finca de «La Carrá»: Es ahí, en la huerta de su casa, donde se fotografía hacia el año 1953, y esta foto ha recorrido todos los archi-

vos policiales y se ha reproducido en cuantos trabajos sobre la guerrilla antifranquista han sido publicados. Aparece «Juanín» vistiendo una guerrera cogida de un subjefe de la Guardia Civil y con un arma producto de algún asalto. Unos años antes, «con el fin de tomar algún aspecto militar —escribe Aguado—, ordena llevar en el lado derecho del pecho unas cintas tricolores donde ha grabado la sigla F. A. R. (Fuerzas Armadas Republicanas)». ¿Cómo es posible que «los más escurridizos y taimados forajidos de todo el bandolerismo de posguerra» cayesen en un servicio rutinario?

La propia Prensa local, en los abundantes detalles del suceso —por cierto, que el clerical «Diario Montañés» hubo de sufrir una fuerte multa, por adelantarse en publicar la información antes de recibir la comunicación oficial—, insiste en las desavenencias habidas entre «Juanín» y su lugarteniente; desavenencias que, se dice, han de trasladarse a 1952, cuando el «Bedoya», antiguo enlace de «Juanín», consigue fugarse del Destacamento Penitenciario de Fuencarral, en Madrid, donde cumplía condena tras una redada en la cual «cayeron» medio centenar de puntos de apoyo de las guerrillas montañesas. «La hermana de "Juanín" trasladada a Madrid —sigue Aguado— conecta con él y conduce en un taxi a "Paco", hasta donde se encuentra "Juanín". Este, que en principio le había prometido su evasión a Francia, cambia de proyecto y le convence para que le acompañe al Monte.» Según la propia Prensa —sin precisar de cuál de las tres hermanas de «Juanín» se trata y con el dato de que el lugar escogido para trasladarse era Argentina, no Francia—, este cambio de

planes es lo que origina un enfrentamiento entre ambos que, poco a poco, va saliendo a la superficie, hasta el extremo de que «Juanín» desconfiara completamente de su segundo y único seguidor.

Pese a la versión oficial y a las interpretaciones populares, que no descartan —y hasta en algunos casos afirman— la posibilidad de que el encuentro no fuera tan fortuito, sino preparado por el propio «Bedoya» que entregando a su jefe conseguía a cambio su libertad, en reciente rectificación efectuada por dos hermanas de «Juanín» a la Prensa de Santander, María y Avelina Fernández Ayala dicen que «*nuestro hermano no fue muerto por las Fuerzas del Orden, fue disparado por la espalda con un tiro en la nuca por alguien que le traicionó*». A la versión que circula como «*vox populi*» de la traición por parte de su lugarteniente, hay que añadir este dato en el cual —aún sin nombrarle— parece achacársele también la materialización de su muerte: en este caso, de ser cierto, un asesinato. Tenía entonces «Juanín» 39 años.

Poco más de seis meses permaneció vivo Francisco Bedoya. Su desaparición de escena a raíz de la muerte de «Juanín» dio lugar a todo tipo de especulaciones, entre las cuales la más firme era la suposición de que había pasado la frontera y se encontraba en Francia, confirmandose de esa manera la vieja aspiración del furtivo fijada en rehacer su vida en el extranjero: incluso se había hablado de una novia esperando en Argentina. Sin embargo, tal desaparición no era más que una tapadera que encubría un elaborado plan para conseguir su traspaso de la frontera francesa. Quiénes colaboraron en el desarrollo de ese plan y qué fuerzas ocul-

tas prepararon en la sombra el mismo, es algo que, si bien se encuentra en boca de mucha gente, no ha sido posible descubrir aún, y será preciso para ello esperar a que hable la familia de Bedoya, que reside actualmente en la ciudad de Santander, o penetrar en los archivos de las Fuerzas encargadas de la extinción de los últimos brotes de guerrilla y bandolerismo. Hasta entonces todo son meras especulaciones, algunas cargadas con más fuerza que otras.

Así lo cuenta Aguado: «En cuanto a **Bedoya**, no sería eliminado hasta el 2 de diciembre en un espectacular servicio combinado entre Guardia Civil y Policía. Conocidas sus intenciones de escapar a Francia ayudado por un antiguo amigo apodado el "Fuguista", validos de una motocicleta, al salir éste de Santander hacia el escondite de "Bedoya", se establecieron diversos controles. Identificada la motocicleta donde viajaban ambos, fue seguida por la Policía. Entre el Pontarrón y la Langostera de Islares, en la carretera de Santander a Bilbao, sobre las doce y veinte de la noche, la motocicleta fue alcanzada por un coche de la Policía que hizo fuego, matando al "Fuguista", pero consiguiendo escapar "Bedoya", localizado a las nueve de la mañana del día siguiente gracias a la pista seguida por un perro policía conducido por un cabo de la Guardia Civil. Descubierta en unas malezas, disparó su pistola, hiriendo al cabo que al repeler la agresión, acabó para siempre con tan famoso bandolero». Hasta aquí la versión oficial recogida en el libro varias veces mencionado.

Sorprende que en un trabajo tan pormenorizado como el del Teniente Coronel Aguado no se hayan incluido una serie de datos que hasta

han figurado en la información más o menos oficiosa proporcionada por la Prensa de la época. Por ejemplo, el hecho de que la Policía supiera con mucha anterioridad de las intenciones de Paco Bedoya y la pista seguida al minuto a su propio hermano, encargado de comprar en Santander los enseres necesarios para el traslado a Francia, en un viaje largo y en precarias condiciones de una motocicleta por carreteras de segundo orden y con una temperatura difícil. Según las crónicas aparecidas en su momento, el hermano de Paco Bedoya, llamado Fidel, había adquirido en un comercio de la capital, calle de Juan de Herrera, un magnífico gabán, que por la talla hacía pensar iba destinado a su hermano: Paco Bedoya medía aproximadamente un metro ochenta y cinco. De ahora en adelante seguiremos al pie de la letra la versión aparecida en el diario del Movimiento «Alerta», la cual refleja —a pesar de lo inmediato de su aparición— el control minucioso de todos los movimientos registrados:

*«Aproximadamente a las siete y media de la tarde (se refiere al domingo día 1 de diciembre, cuando Fidel Bedoya y el cuñado del furtivo, José San Miguel Alvarez, se dirigen con los enseres en busca de Paco), entre Lamadrid y Cabezón de la Sal, el Bedoya acudió al encuentro. Parecía confiado y tranquilo. Vestía una larga gabardina oscura sobre su pantalón azul; cubría su cabeza con una boina y no parecía, por el blanco color de su tez, haber permanecido últimamente mucho tiempo al aire libre. Fidel, su hermano, le puso sobre los hombros el grueso chaquetón de cuero que había adquirido en Santander.»*

Fidel regresó andando al pueblo natal de ambos, Serdio, y Paco subió a la parte trasera

de la motocicleta, que había de conducir su cuñado José. Ahora conviene hacer hincapié sobre este personaje, a quien la Guardia Civil apoda el «Fuguista»: al parecer, procedía de León, donde había nacido; posiblemente su amistad con Paco Bedoya habría surgido en algún centro penitenciario. El caso es que se le considera como «sujeto de malos antecedentes, fugado de Ocaña y procesado alguna vez por estafa». Y una persona de tales condiciones consigue llegar al pueblo de Bedoya, casarse con su hermana, entrar en contacto con el huido, prepararle la salida de España... Todo ello sin que nadie le molestara. Cuando a media noche del primero de diciembre de 1957 cae muerto, desaparece con él la posibilidad de aclarar totalmente los entresijos de una operación de vasto alcance, cuyo vértice hubiera podido ser la eliminación de «Juanín» (el fotógrafo José Luis Arauna, que entonces cubría la información gráfica de «El Diario Montañés», me insiste en que el muerto sólo tenía un tiro en la nuca, confirmando de esa manera la versión de las hermanas de «Juanín»), pero con una lenta preparación que se nos escapa en sus reales dimensiones. Tampoco se cita la procedencia de la motocicleta utilizada para la fuga (una «Derby», matrícula de pruebas S-1553, marrón, actualmente encerrada en el garaje oficial del Gobernador Civil de la provincia junto con otras cinco gemelas), y que, según rumores, podía haber sido proporcionada por algún elemento procedente de la Guardia de Franco. Al menos, cierto militante de dicha organización tuvo problemas con la Policía por tal motivo, bien sea por el asunto de la moto o relacionado con el chaquetón de cuero utilizado



Peña Carredo, escenario de la muerte de Francisco Bedoya. La zona central del monte que aparece en la imagen más clara que el resto, es donde fue encontrado su cadáver. Al igual que pasó con «Juanín», Bedoya falleció de manera todavía no suficientemente esclarecida.

por Paco Bedoya en su huida. Bedoya iba atrás en el asiento de la moto, cubriendo con sus anchas espaldas —no es extraño que «Juanín» le retuviera como guardaespaldas: además de su estatura considerable, pesaba unos 110 kilos— el cuerpo de su cuñado, que conducía la moto. Es sabido que la Policía allanó el camino de ambos personajes, incluso el propio teniente coronel de la Guardia Civil, señor Guerrero, retiró toda la vigilancia normal de la carretera y por dos veces se cruzaron con un coche de matrícula francesa, donde iba el entonces Gobernador Civil de la Provincia de Santander, Jacobo Roldán Losada, que había decidido participar en la operación final. «Había que buscar un lugar despoblado y desconocido del Bedoya —dice el periodista de "Alerta"—. Podía haberse intentado su de-

*tención en la desértica cuesta del Turujod, no lejos del monte Corona, antes de llegar a Cabezón de la Sal, pero si el golpe resultaba fallido el bandolero podría hallarse nuevamente en su elemento y le resultaría fácil encontrar defensa. en unos parajes frecuentados durante tantos años por él.»*

Precisamente el Monte Corona había sido el último refugio de Francisco Bedoya, y allí cerca, en las inmediaciones del Turujol, habían raptado al joven Eduardo Diestro, el 3 de diciembre de 1954: «Lo dejaremos en 9.000 duros y de ahí no bajo un billete siquiera —dijo "Juanín"—, porque lo que a mi me costaba cinco antes, me cuesta diez ahora».

Finalmente se decide acabar con ellos antes de llegar a un lugar poblado. ¿Cayó muerto, fulminantemente, de un tiro en el corazón José San Miguel y escapó, sin embargo, su cu-

ñado? Es otro misterio que ha querido explicarse por la oscuridad y el nerviosismo de los policías, pero que resulta dudoso dado el blanco fácil que ofrecía la corpulencia y la situación de Francisco Bedoya, cubriendo prácticamente la figura del conductor. La explicación oficial de la refriega sería como sigue: «El Bedoya escapa: los disparos habían hecho blanco. San Miguel, con una bala en el corazón y otras varias en puntos igualmente vitales, murió en el acto. El Bedoya, con tres disparos en el cuerpo, todavía tuvo fuerzas para escalar un altozano». Era el lugar conocido por Peña Carredo, donde a las ocho y media de la mañana comenzó la escalada con perros policías, el cabo Fidel Fernández Iñiguez, que caerá herido con un balazo en el pecho, y la colaboración de la Brigada de Investigación Social (la

Político-Social) que estaba mandada por el que más adelante sería Comisario-Jefe de la Político-Social en Santander, Víctor Solar. La versión más difundida sobre la materialización de la muerte de Francisco Bedoya nos habla de una persona herida, gimiendo de dolor en la noche, acorralada en la montaña, que cuando llega el día no resiste la tentación de evitar el gusto a sus perseguidores y se suicida antes de caer vivo en sus manos. Jesús Delgado, que entonces cubría la información de «Alerta», vio posteriormente los cadáveres en el depósito de Castro Urdiales y me asegura que tenían los brazos en alto: otro misterio más.

Terminó todo vestigio de resistencia armada—con el calificativo que se le quiera otorgar— en la Montaña. La historia de quienes fueron sus mayores representantes a nivel popular es bien distinta. «Juanín» es una víctima política de las represalias de la posguerra inmediata (se dice que se echó al monte por las palizas que le daban sus guardianes y la frase atribuida como suya última en la cautividad, mientras cumplía condena en la reconstrucción de la Iglesia Parroquial de Potes, es la de «a mí no me pegan más estos cabrones»), que por el desarrollo de la guerrilla llegó a comandar la partida de supervivientes, a pesar de no poseer ninguna formación política ni estar afiliado a ningún partido. Su importancia en la vida rural fue tan grande—sin caer en los excesos que la leyenda popular y las publicaciones clandestinas cantan— que una vasta extensión pudo considerarse durante más de diez años sometida a la influencia de la guerrilla, aunque las autoridades le negaran cualquier atisbo de poder. Pero existía ese poder paralelo, cimentado en la ad-

miración, la amistad y el temor de la población. Precisamente es un historiador oficial del tema, Tomás B. Cossías, quien después de minimizar la importancia de la guerrilla en Cantabria, reconoce que el apoyo popular fue bastante grande; este apoyo tendría como consecuencia la supervivencia de las partidas durante más de veinte años, así como la incorporación de un mocetón campesino, de 23 años de edad, recién huido de un campo de trabajo donde cumplía pena por el apoyo de toda su familia a la guerrilla, sin otra intención que marchar a la Argentina para reunirse con su novia, pero cuya historia sería desviada hacia la vida furtiva hasta—después de una serie de peripecias imposibles por el momento de esclarecer—morir en la madrugada del día 2 de noviembre de 1957, cuando creía estar ya muy cerca de la libertad y de una nueva vida.

*«Si tu hermano se hubiera marchado cuando se dio la orden de abandonar la guerrilla—he oído decir a un militante del PCE—, hoy hubiera vuelto a España como un héroe y no hubiera tenido que morir como un bandolero.»* Unos testimo-

nios achacan la negativa a abandonar España, por parte de «Juanín», a una enfermedad tuberculosa producida por la violencia practicada sistemáticamente contra él. Las hermanas niegan tal enfermedad y afirman que fueron otros motivos los que le indujeron a no marcharse de aquí, a pesar de que ya se sabía que el tiempo de la guerrilla había pasado. ¿Cuáles? Posiblemente de índole particular, acaso íntima. Pero es cierto que «Juanín» no solamente llegó a ser un personaje de leyenda, con fuertes enfrentamientos con la Guardia Civil y muertes por ambas partes, sino que también fue una realidad. Leandro Valle, hoy presidente de la Diputación y en los últimos años de la guerrilla político médico de los Ayuntamientos de Cabuérniga y Los Tojos, me cuenta que solamente después de bastante tiempo de su permanencia en la zona se enteró de que cada vez que un vecino necesitaba de sus servicios médicos se avisaba antes a «Juanín», para que no hubiera ningún obstáculo; una discreta vigilancia, tan discreta que nunca llegó a advertirla, evitaba cualquier tipo de incidentes. ■ J. R. S. V.

Tumba de Francisco Bedoya, quien sería enterrado fuera del cementerio religioso de Castro Urdiales. Tanto en esa tumba como en la de «Juanín», situada a doscientos kilómetros de distancia, aparecen flores ininterrumpidamente, colocadas por manos anónimas.

